

entre rebeliones e insurrecciones: movimientos locales, improvisados, espontáneos, con participación masiva de la comunidad y provocados por conflictos locales, las rebeliones contrastan con las insurrecciones, más generalizadas, premeditadas, mejor preparadas y producidas como respuesta a problemas políticos de largo alcance. Unas y otras podían ser igualmente violentas, pero su duración y consecuencias eran muy diferentes. Nuevamente en este punto se destaca la importancia de los sentimientos de solidaridad comunitaria como impulso inicial de los levantamientos. Porque lo que se destaca en todo momento es la vigencia del pueblo, la localidad, como unidad fundamental de la sociedad campesina, y “su capacidad de sobrevivir a los conflictos o de sobreponerse a ellos” (p. 226).

El sistema colonial dependía en buena parte de la economía tradicional y propiciaba la integración de los pueblos con su propio orden. La frecuencia de las rebeliones no contradice esta afirmación, puesto que casi en todos los casos se debieron a abusos o vejaciones de autoridades locales que pretendían quebrantar la armonía interna y que, en definitiva, eran contrarios al paternalismo de la Corona.

En las últimas páginas insiste el autor en algo trascendental, que ya había afirmado en sus estudios anteriores: que la época colonial “no trajo como consecuencia una arrasadora transformación del campesino en peón”, sino que las comunidades rurales mantuvieron su identidad y conservaron a la mayor parte de sus vecinos como miembros activos en la vida económica y social del grupo local.

En suma, desde una perspectiva diferente y con nuevos elementos de análisis, Taylor regresa a las tesis de su obra *Landlord and Peasant in Colonial Oaxaca* y nos provee otra obra de interés para los investigadores y de sugerente lectura para los aficionados a la historia.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

Ilene V. O'MALLEY, *The Myth of the Revolution: Hero cults and the institutionalization of the Mexican State, 1920-1940*, Connecticut, 1986, Greenwood Press (Contributions to the Study of World History, núm. 1), 199 páginas.

El libro que nos presenta Ilene O'Malley parte de la premisa de la necesidad de comprender la “fascinación” mexicana por la Revolución de 1910, para, a su vez, poder entender la sociedad actual

del país. Aparentemente, tal punto de partida sitúa al libro en la corriente historiográfica que caracteriza a la Revolución como una ruptura con su propio pasado, inmediato y lejano. Sin embargo, el hilo de la obra se centra en el mito como forma de hegemonía, y necesariamente recurre a elementos de la mentalidad e ideología del pueblo mexicano: elementos existentes y activos con anterioridad al gran estallido de la Revolución. Así pues, la autora emplea una serie de variables y valores sociales que se han considerado “tradicionales” en la sociedad mexicana, tales como: la familia-patriarca; el machismo-virilidad; y el judeocristianismo. A éstos se añaden: el relativamente nuevo elemento —la Nación y el nacionalismo—; la coyuntura que representa la lucha bélica iniciada en 1910, y las figuras prominentes que emergen durante ella.

En la posrevolución, el conjunto de estas variables va a ser la materia prima del mito. Así, la autora nos dice que “la mitificación es central para la ideología oficial del régimen mexicano, y de igual manera, lo es para la cultura política que lo apoya y se apoya de ella” (pp. 4-5). Para llevar a cabo el análisis de este proceso de mitificación, O’Malley utiliza el enfoque de Roland Barthes que remarca el uso de un lenguaje “primario” (que quiere decir lo que dice), y de un “metalenguaje” (que retoma lo dicho por el lenguaje “primario” para transmitir otro mensaje, incluso de sentido contrario); éstos son los elementos constitutivos del mito.

Aunque el título del libro marca un periodo histórico de análisis de 1920 a 1940, la lectura de la obra nos conduce implícita —y en algunas ocasiones explícitamente— a reflexionar sobre la realidad actual del sistema político: ¿de qué manera cambia la imagen oficial de la Revolución y de sus prohombres, según coyunturas específicas?, ¿cómo surgen o caen figuras centrales en este proceso de mitificación?, o, ¿qué relevancia actual tiene esta herramienta dentro del conjunto de los aparatos del régimen? El lector puede encontrar algunas respuestas a este tipo de preguntas a lo largo del libro, que nos proporciona instrumentos para comprender esta realidad, aun cuando la exposición se limita casi exclusivamente a esos 20 años formativos del Estado mexicano.

El libro está estructurado en torno a cinco capítulos iniciales, que describen y analizan en forma parcializada el fenómeno de estudio, y en los dos últimos, retoma los hilos sugerentes y fragmentados en los precedentes.

El análisis parte de consideraciones de tipo general y generalizantes de la Revolución, en las cuales aparecen las cuatro figuras que serán materia del análisis; así pues, a cada uno, Francisco I.

Madero, Emiliano Zapata, Venustiano Carranza y Francisco Villa, se dedica un capítulo a sus imágenes públicas. No son los únicos que podrían tomarse; sin embargo, ciertos factores comunes validan su consideración en conjunto: quizás el más importante siendo que todos fueron asesinados antes de o al comenzar el periodo de análisis del libro, de tal manera que no pudieron refutar a sus críticos o a sus aduladores.

Quizás el público mexicano encuentre tediosa la lectura de esas páginas por la presentación de una serie de datos y hechos muy conocidos. Sin embargo, el mecanismo de exposición del problema requiere de esta dinámica: el lenguaje “primario” y el “metalinguaje” en acción. Por otro lado, para el público estadounidense, la lectura puede resultar refrescante por la rapidez de la narración de los elementos cronológicos y personales contenidos en el libro.

Resulta interesante seguir las vicisitudes de estas cuatro figuras en cuanto su proyección al público posrevolucionario por medio de la prensa y de las ceremonias de orden gubernamental que conmemoraban sus fallecimientos. En cuanto a lo que este punto se refiere, O'Malley hace una diferenciación entre Madero y Carranza por un lado, y Zapata y Villa por el otro. La imagen pública de los dos primeros fue dirigida en primer término hacia las capas medias de la sociedad posrevolucionaria, enfatizaron la estabilidad y seguridad para el capital que de ellos emanaba, elementos que fueron retomados y garantizados por el gobierno. Hacia la década de 1940, y conforme la burguesía se recompone y se siente confiada en la realización de sus expectativas, disminuyen sus manifestaciones de oposición a los sucesivos gobiernos y el Estado ya no ve la necesidad de interiorizar con la misma intensidad las características de Madero y Carranza, como si fueran de sí mismo. La premisa central en la consolidación de los personajes —los cuatro— es que, en cuanto una figura puede representar una bandera de acción de algún grupo u otro, existe esa necesidad del Estado por absorber su persona y sus imágenes dentro de su propio discurso.

El manejo que se ha hecho de los otros dos personajes, de Zapata y de Villa, resulta de mayor interés porque la autora afirma que son los líderes genuinos de las aspiraciones del pueblo mexicano, que fueron expresiones concretas de las necesidades y frustraciones de los trabajadores oprimidos por el porfiriato. En cuanto tal, son figuras todavía presentes en la memoria popular, y por ello, también son las imágenes públicas proyectadas y mitificadas con mayor permanencia por el Estado.

Conforme las expectativas de estas clases todavía no se realicen

por medio de la Revolución hecha gobierno, persistirán las proyecciones del Estado que autodibuja la imagen mitificada de estos héroes populares. Es en este sentido que el libro tiene un gran valor al iluminar los procesos que perduran hasta la fecha: nada más hay que reflexionar sobre la manera en que el movimiento campesino independiente de las décadas de 1970 y 1980 enarbolan a Zapata como la bandera de sus demandas, y encuentra que el mismo Estado ocupa este terreno político al decir éste, que es el heredero de la tradición zapatista en la lucha de los “verdaderos” mexicanos, la de la “raza de bronce”. El discurso del Estado extrae de las personalidades ajenas elementos socialmente valorados —la valentía, la virilidad, el paternalismo, por ejemplo—, y los proyecta en forma sintetizada hacia la persona del gobierno.

A la vez que la autora identifica a Zapata y a Villa como personajes atractivos para las clases subordinadas, hace una diferenciación entre ellos. El Caudillo del Sur representaba un proyecto político; Villa no. Por ello, según el análisis de O'Malley, la incorporación de Villa dentro del discurso revolucionario del Estado se vuelve difícil, pero no menos necesario. Desde un principio, Villa tuvo un carácter fascinante y a la vez un enigma, especialmente para las clases medias; para las clases populares fue un signo de rebelión. En este marco, se hicieron intentos de “normalizar” su personalidad; así, un periodista escribió en 1938 que Villa se retiró de sus actividades revolucionarias a principios de los 1920 por el “cansancio. . . del alma, de la voluntad, y de la imaginación”, y que quería ser “un hombre normal, burgués, con los gustos y placeres de la gente corriente” (p. 102). De esta manera, se pretendía decir que si el más temible de los líderes revolucionarios se cansó sin lograr un cambio fundamental de la sociedad, entonces ¿a qué podrían aspirar los seres menores?

No obstante la necesidad de nulificar el peso que tenía Villa en los sentimientos y la memoria popular, fue importante rescatar un elemento: la imagen de él como el líder-patriarca, a quien ciegamente le seguían sus tropas. Al incorporar tardíamente a Villa dentro de su discurso, el Estado reforzaba su capacidad de reproducir un liderazgo autoritario.

El conjunto de los cinco primeros capítulos proporciona al lector una amplia visión de la manera como operó la relación entre lenguaje “primario” y “metalenguaje”, utilizando una variada serie de fuentes periodísticas para documentar el estudio, y marcando con claridad los vaivenes de los héroes de la Revolución frente al público; cuáles fueron los aspectos enfatizados en el dis-

curso, y cuándo y por cuáles grupos o facciones son empleados.

Los dos últimos capítulos: "Mitificación y consolidación del Estado mexicano" y "El Estado estabilizado y el ascenso del machismo", se concentran en mayor grado en el análisis y comprensión del conjunto de las variables constitutivas del fenómeno: el mito. Pretenden concentrarse en estas variables más que en las personalidades de las figuras presentadas.

Para comenzar, los gobiernos posrevolucionarios fueron compuestos por miembros que, en su mayoría, pudieron reclamar su participación en la lucha armada como el fundamento principal para poder decir que "el gobierno es la Revolución". El punto a debatirse era: ¿qué tipo de régimen resultaría después de Agua Prieta? La contienda de las facciones implicó el manejo de las imágenes públicas de las figuras-mártires que fueron analizadas en los primeros capítulos del libro. Sin embargo, el distanciamiento de los miembros de los gobiernos con el tiempo, y por ende, de su capacidad de identificarse directamente con los procesos comenzados en los años bélicos, reforzaría la necesidad de mitificar a la misma Revolución y a sus prohombres: establecer vínculos entre las características retóricas de los gobernantes y los elementos socialmente valorizados de Zapata, de Villa, etc. La correlación entre los mexicanos "genuinos" y el nacionalismo, y los paralelismos entre la tradición católica y el catequismo revolucionario del Estado permiten a la autora señalar el uso de las figuras de la Revolución como piezas clave en la consolidación del régimen. En este proceso, el discurso despohtiza a los actores principales del pasado, precisamente para dar cabida al hecho de que los cuatro casos estudiados representaban movimientos políticos de muy diferente índole. Como dice Barthes, y citado por O'Malley: "Se ha practicado un truco de magia; aquél ha. . . vaciado (la realidad) de historia y la llenó de la naturaleza, ha extraído de las cosas su significado humano para darles una insignificancia humana. . . [En la sociedad burguesa] *el mito es lenguaje despolitizado*" (p. 125).

El capítulo final, sobre el ascenso del machismo, formula una interesante reflexión sobre los peligros implícitos en la promoción de los valores patriarcales en la sociedad posrevolucionaria. El hijo-pueblo acepta un papel subordinado al padre-Estado, bajo el entendido de que el hijo finalmente será también padre. Cuando el padre no proporciona los medios adecuados para la realización de esta expectativa, una salida para el hijo es la rebelión. El escape de este potencial latente de una explosión social se encuentra en el machismo. El machismo es una forma de exigir el reconocimiento

del hombre como *hombre*: “ofrece un alivio del yugo de su *status* social inferior y de las responsabilidades que un hombre no puede cumplir precisamente por ese *status*” (p. 141). Sin embargo, las posturas del macho frente a sus mujeres, y a otros miembros masculinos de la sociedad, no se dirigen hacia un cambio de la estructura socioeconómica, misma que le niega la realización de sus expectativas. La proyección de Villa como el supermacho de la Revolución, y el hecho de reducir la posible interpretación de su rebeldía como una respuesta a su *status* inferior, es la manera de desviar la incorporación de ese líder popular como una verdadera bandera del pueblo.

En el curso de la mayor parte del libro, el lector se queda con la sensación de impotencia frente a los usos maquiavélicos de los personajes hechos mitos. Sin embargo, al final, O'Malley concluye que el mismo proceso de mitificación mantiene, especialmente a Zapata y a Villa, en la memoria popular; y mientras persistan ahí, mayor es la probabilidad de que el pueblo rescate la verdad de los mitos. Este toque de optimismo ve en la historia la manera de descubrir la falsedad del sistema patriarcal basado en los mitos de la Revolución: lanza un reto al pueblo y a los historiadores en conjunto.

David SKERRITT GARDNER
Universidad Veracruzana